

saron gran confusion en las inteligencias ya perturbadas. En ellos se describe la obra de Jesucristo como una revolucion abortada, se niega positivamente el hecho de la resurreccion, y se declara imposible la revelacion.

Lo que habian hecho Nicolai y Lessing en los rangos elevados de la sociedad, lo emprendió para las clases bajas Bahrtd¹, que, sucesivamente profesor de teología en Leipzig, Halle y Giessen, y director de una sociedad filantrópica, acabó su errante carrera en calidad de posadero, en 1792. Dificil es encontrar un autor de una ligereza mas criminal que Bahrtd, que procura destruir el contexto de las Escrituras por medio de las mas absurdas hipótesis, y se esfuerza siempre en desvanecer en el pueblo toda fe en la Iglesia y en su enseñanza. Confiesa, sin embargo, que si los ortodoxos (protestantes) lo hubieran pagado, habria escrito en favor de su sistema; pero que falto de recursos escribe por sus enemigos. Por este estilo fueron tambien la tendencia y los trabajos de Wunsch, que representaba á Jesucristo como víctima de sus propias ilusiones: de Venturini, que hizo de la vida de Jesucristo una insípida novela, y de Mauvillon², que, á pesar de todo, habló con mas ciencia y respeto del origen divino y la moral del Cristianismo.

¹ La pequeña Biblia; Almanaque de las iglesias y de las herejías; Ensayo de sistema de dogmática biblica; Cartas acerca de la teología sistemática; Cartas sobre la Biblia de Folkstone; la nueva Revelacion; Explicacion del plan y objeto de Jesús y de algunos otros. Véase Hist. de su vida por él mismo. Berlin, 1794, 4 t.

² El único sistema verdadero de la relig. crist. Berl. 1787.

§ CCCLXXVII.

Teólogos biblicos. Literatura clásica y nacional de la Alemania.

FUENTES. — J.-A.-H. *Tittmann*, Hist. pragmática de la religion cristiana y de la teología en la iglesia protestante. Segunda mitad del siglo XVIII. Breslau, 1803, t. I. *Tholuck*, Bosquejo histórico de la subversion de la teología en Alemania, desde 1750. (Diario eclesiástico-evangélico de 1832, núm. 44 sig.; Extractos de sus Misceláneas, t. II, p. 1-147). *H. John Rose*, Estado de la religion protestante en Alemania; Discursos pronunciados en la universidad de Cambridge. Leipz. 1826. (*C. v. Langsdorf*). Vacío de la teología protestante por un antinaturalista. Mannheim, 1829. Disolucion interior (por el protestante *Binder*). Schaff. 1843, 2 t.

La masa del pueblo se habia ido emancipando de la fe en la enseñanza eclesiástica. Pronto los mas graves teólogos, á ejemplo de Hugo Grocio y del armenio Wetstein († 1754), autor de un paralelo entre las palabras mas notables de la antigüedad clásica y los textos biblicos¹, concibieron, á su vez, y expusieron el Cristianismo de una manera libre, independiente é individual, conforme al nuevo espíritu con que se estudiaban las santas Escrituras; pues estaban ya muy léjos de la fe viva de los primeros reformadores en la inspiracion de los sagrados Libros, y no se atribuía ya á la Biblia este carácter tan esencial y que la distingue absolutamente de la literatura profana. Empezó este nuevo método de interpretación con Juan David Michaëlis², profesor en Gottinga desde 1745 († 1791). Formado por maestros piadosos en Halle, era, como él mismo lo confiesa, demasiado ligero para abrazar el

¹ *Wetstein*, Prolegomena in Nov. Test. (1751); Nov. Test. Amst. 1752, 2 t. en fól. Conforme á su plan, pone en la misma línea el pasaje de san Mateo, donde se dice: «No andeis cuidadosos por el dia de mañana,» y el dicho epicúrico de Horacio: «Carpe diem, quam minimè credula postero,» ó «laetus in praesens animus, quod ultra est, oderit curare.» Pero *Oleario* hace aquí la excelente observacion siguiente: «*Verbis* igitur, non *sensu*, plerasque illas sententias cum salutari Salvatoris doctrina conspirare arbitramur.»

² Historia de su vida, escrita por él mismo, con observaciones de Hassenkamp. Rint. y Leip. 1753. Introduccion al Antiguo y Nuevo Testamento; el Derecho mosaico, etc.

método grave y religioso que dominaba en aquella universidad. Menos instruido que Baumgarten y Ernesti (1707-81), que querían conciliar el estudio de la filología profana con el de la teología¹, entregóse Michaëlis al estudio de la historia profana, de la arqueología y de las lenguas orientales. Admitiendo también, como aquellos dos profesores, los principales dogmas revelados, concebía las ideas bíblicas de un modo mucho más superficial, no viendo, por decirlo así, ninguna diferencia esencial entre el Cristianismo y la filosofía platónica; y, diciendo que no creería en el Evangelio sin los milagros y las profecías, confesaba, sin embargo, que jamás había encontrado en la lectura de la Biblia ninguna prueba de la inspiración divina. Hasta entonces no había, pues, de parte de esos hombres, ningún ataque positivo contra la Religión; rechazaban solamente la enseñanza eclesiástica, y pretendían beber la doctrina sagrada en su misma fuente, es decir, en la Escritura. Ernesti hasta creía encontrar en el estudio concienzudo de la literatura clásica y en sus resultados, reglas fijas para la explicación de las santas Escrituras, y volver por este camino á la fe de la Iglesia. Pero, como siempre, los discípulos fueron más lejos que los maestros: así es como Semler (1725-91), discípulo de Baumgarten; Moro, discípulo de Ernesti; Coppe y Eichhorn, discípulos de Michaëlis, completaron la neología teológica. Semler, el más peligroso de los tres², había, como Michaëlis, recibido de la enseñanza de Halle impresiones que revivieron en su vejez. Admitido en la intimidad de Baumgarten, cuya elocuencia lo había cautivado, y que reconocía su talento original, había heredado, por decirlo así, su misión de empen-

¹ J. V. Voorst, Orat. de Ern. optimo post. Grot. duce interpret. Novi Test. Lugd. Bat. 1804, in 4.º Ernesti, Institutio interpretis, publicado por Ammon.

² Semler, De una libre apreciación del cánon, 1774; Nuevas Investigaciones sobre el Apocalipsis. Halle, 1776; Institutio brevior ad liberalem eruditionem theologicam, 1768 sq. y en seguida Institutio ad doctrinam christ. liberaliter descendam. Halle, 1774; Estudios sobre la historia social y moral de los cristianos. Leip. 1786. Eichhorn, Introducción al Antiguo y Nuevo Testamento, 2.ª ed. 1787, 3 partes sobre los escritos apócrifos del Antiguo Testamento. Leip. 1793; y del Nuevo Testamento. Leip. 1804 sig. Comment. in Apocalips. Johann. Gotting. 1791, 2 t.

der la nueva reforma de la teología: «Soy yo demasiado viejo, decía el maestro; esta tarea te pertenece á tí.» En efecto, Semler enseñó en Halle desde 1752: estaba dotado de una memoria prodigiosa, de una rara penetración y de una imaginación singular, aunque, por lo demás, carecía de toda cultura filosófica profunda. A pesar de ir avanzando atrevidamente en su empresa, conservaba todavía algún sentimiento religioso, porque no veía claramente á dónde lo conducirían sus dudas, cuando el procedimiento brutal é impío de Bahrdt le abrió los ojos y le inspiró remordimientos de haber ido demasiado lejos. Para contener y remediar el mal, sostuvo Semler que hay dos religiones, una pública, y otra privada. El culto constituye la primera, en la cual nada se puede cambiar; la segunda depende del individuo, y cada uno puede añadir ó quitar en ella según sus opiniones particulares. La revolución obrada por Semler fue el resultado de su método de exégesis, y sobre todo de la crítica excéntrica, en virtud de la cual, apoyándose ya en pretendidos fundamentos históricos, ya en la existencia de ciertos mitos, quitó del cánon de la Biblia toda una serie de libros, principalmente del Antiguo Testamento. Insistía mucho en el principio de exégesis, justo en sí mismo, de que no se puede interpretar la Escritura, sino sirviéndose del idioma en que fue escrita y de la historia del tiempo en que la redactaron. Mas, por otra parte, la interpretaba como lo habría hecho con cualquier otro libro, sin tener en cuenta su carácter divino, pretendiendo ilustrarlo todo por medio de las circunstancias de tiempos y lugares, localizando, circunscribiendo y limitando á épocas determinadas los principales datos del Cristianismo, y quitándoles, por consiguiente, ese carácter universal que hace que la Escritura se aplique á todos los tiempos y á todos los lugares. Las ideas bíblicas de *cuerpo* y de *espíritu* perdieron, en consecuencia, su valor general y su sentido verdadero. El número de las ideas cristianas, que tenían alguna utilidad para la vida práctica, fue extraordinariamente limitado, y Semler llegó, por la vía laboriosa de la crítica histórica, al mismo resultado que por otro camino habían obtenido los filósofos populares, á saber: que en las Escrituras no hay nada importante más que los libros que tienen una tendencia moral.

Habiendo sacado Bahrdt las últimas conclusiones de este método exegético, los teólogos de las universidades se dividieron en tres clases. Los unos permanecían fieles á la enseñanza ortodoxa del símbolo; los otros querían conservar la forma de la fe bíblica, pero amenguando su dogma, despreciando su importancia, y no mirando como esencial mas que la moral; los otros, en fin, atacaban abiertamente el dogma revelado y formulaban sistemáticamente la doctrina indicada por Semler¹. Á la segunda clase pertenecían Rösselt, en Halle († 1807), y Moro († 1792). Rösselt, formado especialmente por el estudio de los teólogos ingleses, no atacó desde luego abiertamente las verdades bíblicas, pero quiso explicarlas en el sentido moral. Poco á poco fué perdiendo la fe, y no pudo acabar su apologético. Moro, sucesor de Ernesti en Leipzig, sin negar los dogmas cristianos, se dedicó á demostrar cuán difícil era establecerlos de una manera sólida y positiva, y por consiguiente, cuán discreto era limitarse á solo lo que se refiere en ellos á la moral. En fin, el representante de la tercera clase de teólogos, Eichhorn, en Gotinga, dedujo de las ideas de Semler las consecuencias lógicas y rigorosas, se emancipó completamente de toda fe en la enseñanza ortodoxa y eclesiástica, y no consideró ya el Cristianismo mas que como un fenómeno local y transitorio.

Á la par de estos teólogos de las universidades, aparecieron otros escritores que gozaron de notable influjo en las creencias generales, como los filósofos populares, nombrados ya, Mendelssohn, Engel, Nicolai y Sulzer, que estaban en relaciones con los teólogos mas célebres de Berlin, Spalding y Teller, y la sociedad secreta fundada en esta última ciudad por el bibliotecario Biester, con el nombre de «Sociedad de la propagación de la luz y de la «verdad,» con el objeto de reformar la religion y destruir toda autoridad usurpadora y tiránica². Segun el plan de Spalding, se trataba principalmente de purgar el Cristianismo, insistiendo en

¹ Particularmente sobre los libros simbólicos, véase *Walch*, Nueva hist. relig. P. II, p. 305-382; entre los reformados, *ibid.* P. III, p. 283-98; para la Inglaterra, P. IV, p. 491-566. *Dannemayer*, Histor. succinta controversiar. de auctoritate libror. symbollicorum inter lutheranos. Frib. 1780.

² Véase § CCCLXXI, sub fin.

la moral, prescindiendo de la parte dogmática, y quitando á las concepciones bíblicas toda fuerza, todo nervio y valor, lo cual realizó en efecto Teller por medio de su léxico alemán del Nuevo Testamento (1772).

En fin, la literatura clásica, entonces floreciente en Alemania, sobre todo entre los Protestantes, era completamente hostil al Cristianismo. Lessing († 1781)¹, destinado por su padre á la carrera teológica, no le habia tomado aficion, y dedicándose á la literatura, llegó á ser bibliotecario de Wolfenbuttel. Aun cuando su estudio no era la teología, con frecuencia se dedicaba á ella, solo porque se ocupaba de todo cuanto puede interesar al entendimiento humano. Probó sucesivamente todos los sistemas filosóficos y teológicos en boga, sin encontrar satisfactorio ninguno. Sin embargo, en filosofía daba cierta preferencia al Espinosismo, y respecto de la teología, negando toda religion positiva y revelada, afirmaba «que valia mas una vida agradable que un fin dichoso.» Tenia, no obstante, suficiente valor para estimar y declarar mas digna del hombre la fe sencilla y profunda en el Cristianismo, que la creencia vaga y superficial de los teólogos neológicos, y, á pesar de estar fuera del Cristianismo, pretendia aun poderlo honrar. Publicó los *Fragments de Wolfenbuttel*, para demostrar cuán ruínosa era, en sus bases, la orgullosa ortodoxia de los teólogos, lo cual, decía, podrá no herir al teólogo en su ciencia, pero si hiere al Cristianismo en su fe. Siguiendo, bajo el punto de vista histórico, las huellas de Semler, admitia, en el mismo sentido que el derecho natural, la religion natural, que se convierte en positiva, al igual que el derecho, cuando los hombres se reúnen, supuesto que es menester que se entiendan acerca de los detalles, como acerca del conjunto. Su libro de la educacion del género humano se dirigia á la vez á los lectores profundos y á los menos formales, á quienes pretendia desviar de un naturalismo vago y superficial. Su discusion tan animada contra los teólogos que no querían admitir la tradicion, demostró cuántas verdades habían rechazado,

¹ Nathan, parábola escrita para acompañar una pequeña oracion y una retractacion eventual. Contestacion necesaria hecha á una pregunta muy inútil del pastor Gœtze. L'Antigœtze, 1778 (Obras completas publicadas por *Lachmann*, t. X y XI).

bajo aquel nombre ; sin examinarlas ni someterlas á una verdadera crítica.

Herder (1744-1803)¹ no perdió jamás las profundas impresiones de la educación piadosa y cristiana que había recibido. Dominado por las necesidades de una imaginación viva y de un corazón afectuoso, consideró el Cristianismo como un magnífico poema, y se dedicó con amor y entusiasmo á las santas Escrituras, lo mismo que á las obras de Osian, sin nunca penetrar en sus profundidades. Por esto en sus escritos apoloéticos presenta el Cristianismo bajo el punto de vista estético, mas como una obra de arte que como el único medio de salvación ofrecido al hombre degenerado. El talento de Herder, superintendente en Weimar, pronto conocido y afamado, lo puso en relación con los mas célebres escritores, y hasta lo colocó entre los mejores poetas de la Alemania; pero las alabanzas exaltaron su vanidad, esta debilitó su fe, y al poco tiempo ya no se cuidó mas que de no contrariar el espíritu del siglo. Poco á poco fué abandonando las verdades del Cristianismo; á sus ojos el Evangelio se cubrió de un espeso velo, y todo se hizo oscuro en sus ulteriores escritos, en los cuales no puede descubrirse ninguna doctrina positiva. Los primeros escritos de Herder (*Documentos antiguos del género humano; Cartas sobre el estudio de la teología*) contienen páginas útiles é interesantes. Sus obras posteriores (*Del Redentor y de la Resurrección*) pertenecen á la escuela moderna de los pretendidos Iluminados; el Cristo para Herder no es mas que el muy amado de *Jehovah*. Juan de Muller dice de sus *Ideas sobre la historia de la humanidad*: «Todo lo encuentro en este libro menos el Cristo; y ¿qué es de la historia del mundo sin el Cristo?»

Removiendo estos trabajos de los teólogos, de los filólogos, de los exegistas y de los filósofos muchas cuestiones sin resolver ninguna, habían dejado á muchas inteligencias descontentas, á muchos corazones hambrientos, y á muchas almas entristecidas y ansiosas de un lenguaje mas consolador. Así se explican el éxito que obtuvieron las palabras sencillas y piadosas de Gellert y el entusiasmo con que fue recibida la *Mesiada* de Klopstock, aun cuando no

¹ Obras cristianas. Leip. 1794 sig. Obras de religion y teología publicadas por J.-G. Muller. Tubinga, 1803 sig. 10 t.

esté basada, como la obra maestra del Dante, en el fundamento positivo é inmutable del dogma cristiano. Hamann¹, el pensador profético, y Claudio, el escritor popular, mas sólidos en sus principios, lograron ambos muy buena acogida, el primero en un círculo de lectores distinguidos; el segundo en otro mas extenso de fieles, á quien recomendó sobre todo las obras de Fénélon². También puede contarse á Lavater entre los escritores que conocieron el valor del Cristianismo. Por el contrario, la inmensa influencia de Goethe³, que procuró despertar el entusiasmo de sus contemporáneos por la literatura pagana y el genio de los griegos, debilitó extraordinariamente la fe renaciente. Empleó su poderoso talento en poner en todas partes la naturaleza en el lugar de Dios, y hostilizar todas las ideas de religion ó de política, que consideraba mortales para el arte. El mismo Schiller se lamentó, en sus *Dioses de la Grecia*, que para enriquecer á uno solo (el Dios de los Cristianos), hubiera sido preciso que el Olimpo se desvaneciera. «¡Cuándo volverá, exclama tristemente, la edad dichosa de la naturaleza⁴!»

§ CCCLXXVIII.

Los Cuáqueros.

FUENTES.—Historia de la vida, viajes y sufrimientos de Jorge Fox. Londres, 1691. Penn, Compendio de la historia, doctrina y disciplina de los Hermanos, 6.^a ed. Londres, 1707, con observaciones de *Seeborn*. Pymont, 1792. Véase *Mehler*, Simbólica; 5.^a ed. p. 494-541 (traducida al español).

Los Cuáqueros, secta fundada por Jorge Fox, zapatero y pastor (nacido en Drayton en el Leicestershire en 1624, y muerto en 1690), parten del principio de que todo sentimiento religioso deriva de una influencia directa del Espíritu Santo, que en el día de su visita enciende en el hombre la luz interior de Jesucristo. Léjos de poderse suplir esta luz interior por la revela-

¹ *F. Herbst*, Biblioteca de pensadores cristianos. Leip. 1830, t. I.

² Infancia de Claudio, Jung Stilling y Lavater. Véase *ibid.* t. II.

³ Véase *Tholuck*, Misceláneas, t. II, p. 361-83.

⁴ Véase Rom. I, 18-32.

cion positiva y la Escritura, confirma plenamente la revelacion, produce el verdadero conocimiento, y es el principio de la era religiosa. Á este principio fundamental se refiere lógicamente la doctrina de los Cuáqueros sobre la justificacion y la santificacion, y el cumplimiento perfecto de la ley y los Sacramentos. Todo cristiano es doctor y predicador; por consiguiente, predicar y enseñar no es un ministerio especial; la oracion es libre y no debe fijarse por medio de fórmulas convenidas; no se admiten el servicio militar, el juramento ni los diezmos, y deben despreciarse los espectáculos, el baile y toda jerarquía. William Penn († 1718), que compró á los ingleses y á los indios el país situado sobre el Delaware, fundó en él un Estado que pobló de Cuáqueros. Existen aun algunas comunidades de esta secta en Holanda é Inglaterra, donde gozan, desde el año 1686, de iguales derechos que los demás disidentes. Lo mismo sucede respecto de Pymont, donde tienen algunas comunidades que están actualmente en decadencia desde 1791, y en el Norte de Alemania viven diseminados y aislados.

§ CCCLXXIX.

Los Hernhuteros.

FUENTES.—Zinzendorf, Forma actual de la cruz de Jesucristo en su sencillez. Leip. (1743), en 4.º Reflexiones naturales (1746), en 4.º Jeremias, ó sermón de santificacion. Nueva ed. Berlin, 1830. Opúsculos. Franef. 1740. Spangenberg. Vida del conde de Zinzendorf (Barby), 1772 sig. 8 t. Recopilacion de algunos escritos relativos á la historia eclesiástica. Buda, 1742 sig. 3 t. Varnagen von Ense, Vida del conde de Zinzendorf (Recuerdos biográficos, t. V). Tholuck, Misceláneas. Hamburgo, 1839, t. I, p. 433-464. Véase Mehler, loc. cit. p. 341 sq.

La secta de los Hernhuteros, animada del espíritu de Spener y de Frank, debe su origen á los Hermanos moravos que, despues de su huida, se establecieron en los dominios del conde Luis de Zinzendorf (1700-1760), echando en ellos, al pié de Hutberg, los cimientos de la comunidad de Hernhut (1722). El Conde y sus amigos, Federico de Watteville y Spangenberg, educados en la escuela pietista de Halle, llegaron por medio de una disciplina severa, y de

lo que ellos llamaron la *teología de la sangre y de la cruz*, á introducir alguna unidad en los principios, desde luego contradictorios, de la naciente comunidad, la cual distinguieron en tres secciones principales: *Moravos*, *Reformados* y *Luteranos*.

El carácter esencial de estos sectarios fue el orgullo, eterno principio de separacion: su doctrina versó toda sobre la sangrienta muerte del Cristo crucificado, y sus escritos y sermones se distinguieron por la valentía de las locuciones, la singularidad de las imágenes, mas fantásticas que exactas, y la rareza de los términos, con frecuencia cómicos y hasta indecentes¹. Para ellos todo está en la muerte de Jesucristo: no conocen mas que este lado del Cristianismo, y buscan en él su moralidad y la fuerza para cumplir lo que creen su mision.

La comunidad, teniendo á su cabeza diáconos, deanes (Ælteste) y obispos (Spangenberg, † 1792), se subdivide en coros, segun la edad, el sexo y la condicion; no puede componerse mas que de resucitados (Erweckte), y se echa de ella en seguida á todo miembro que se muestra incorregible. Cada comunidad particular se arregla en su establecimiento por la conferencia de los funcionarios, y el conjunto de todas ellas por la conferencia de los ancianos. Un sínodo general, convocado cada cuatro ó cinco años, decide las medidas mas importantes.

El espíritu religioso de estas comunidades se fué debilitando con el espíritu mercantil que penetró en ellas: sin embargo, todavía han ofrecido, en un siglo de incredulidad, un pacífico refugio á los protestantes que han conservado la fe en la divinidad de Jesucristo, como la perla preciosa y el único tesoro del hombre caido y rescatado.

¹ J. Stinstra, Aviso remitido desde Holanda sobre los peligros del fanatismo. Berlin, 1752. Zinzendorf cantó un dia delante de su comunidad las siguientes palabras: «Ó tú, enigma de la razon; tú, el gran tohu bohu de la tierra entera; tú, el buho que huyes de la luz; maravilla de las maravillas; mixtura circunfusa; tú eres la que me places, etc.»

§ CCCLXXX.

Los Metodistas.

FUENTES.—*Hampson*, Vida de John Wesley y de los Metodistas; Vida de Jorge Whitefield. Véase *Mähler*, loco cit. p. 565-68.

John Wesley, de Oxford, después de haber reunido en torno suyo una sociedad de estudiantes piadosos (1729), á quienes sus costumbres graves y pedantescas hicieron dar el sobrenombre de *Metodistas* ó *club de los Santos*, provocó una fuerte conmoción religiosa en Inglaterra. Los ánimos, largo tiempo sobreexcitados por las agitaciones de una revolución, á la vez política y religiosa, habían acabado por caer en el marasmo y en la mas frívola incredulidad. Desarrollada por los esfuerzos reunidos de los dos hermanos Wesley (Cárlos y John) y de Whitefield (desde 1732), cuya elocuencia era persuasiva y seductora, la secta de los Metodistas se había ido propagando poco á poco, y había tomado, en medio de las muchísimas sectas en que se hallaba dividida la Inglaterra, un carácter muy particular. Al principio los sectarios habían puesto la vista en la América septentrional, donde Cárlos Wesley conocía á algunos hernhuteros que se hicieron amigos suyos. John Wesley se había puesto mas tarde en relación con Spangenberg, y había visitado las comunidades de hernhuteros de Holanda y Alemania, á fin de conocer mejor su organización (1738). De esta época data su doctrina de la *conversion repentina que engendra la contrición* y de la *verdadera fe*. Asistiendo poco tiempo después (el 29 de mayo de 1739, á las ocho y cuarto), en Londres, á la lectura del prefacio de Lutero sobre la Epístola á los romanos, se sintió, segun él cuenta, *repentinamente tocado*, convertido y creyente. Es tal este estado, decia, que cualquiera que lo experimenta se ve, con esto solo, elevado sobre todos los movimientos desordenados de la carne y de los sentidos, y goza de una completa *impecabilidad*.

La comunidad fundada por Wesley, á pesar de conservar exteriormente la forma, la organización, la liturgia y el símbolo de la Iglesia anglicana, se distinguió de ella por un riguroso carácter as-

cético, numerosos ayunos, horas de oraciones particulares, la lectura asidua de la Biblia y el frecuente uso de la comunión.

Extendióse rápidamente en Inglaterra y en la América del Norte, gracias al entusiasmo de sus predicadores, como Whitefield y otros. Los Metodistas no se separaron de la iglesia establecida hasta que les obligó á ello la bulliciosa envidia de algunos del clero ortodoxo.

Wesley se erigió entonces en obispo de su comunidad y ordenó sacerdotes. Desde este momento la secta de los Metodistas entró en lucha, por una parte con la iglesia establecida, y por otra con los Hernhuteros.

Además de la rivalidad personal de Zinzendorf y de Wesley, las dos sectas no estaban de acuerdo sobre la doctrina de la regeneración y de la gracia; hasta Wesley y Whitefield se separaron en 1740, habiendo adoptado el primero las ideas de los Arminianos sobre la predestinación, y el segundo las de Calvino: los mas en número fueron los metodistas de Wesley. Pronto los principios antinómicos de sus discípulos los arrastraron, á pesar de sus incontestables esfuerzos por llegar á la perfección moral, hácia una profunda inmoralidad. Sorprendido Wesley de semejante resultado, sacó en consecuencia que la comunidad encerraba todavía demasiados elementos calvinistas. Su discípulo Fletcher¹ se esforzó en señalar mas profundamente aun la disidencia entre los Wesleyanos y los Whitefieldianos; y una conferencia, á la que asistieron todas las notabilidades de la secta, presidida por John Wesley (1771), definió los principios que estaban en disputa. Las comunidades metodistas se hallan divididas en clases, y estas en bandas. Muchas comunidades constituyen un círculo dirigido por un superintendente; muchos círculos forman un distrito. Los Metodistas supieron reanimar el sentimiento religioso y moral entre las masas populares, por medio de la enseñanza de sus predicantes nómadas, y fundar asociaciones de beneficencia en una vasta escala. En el día habrá como un millón de metodistas entre Europa y América.

¹ Vida de Fletcher, con un prefacio de Tholuck. Leip. 1834.

§ CCCLXXXI.

Los Swedenborgianos.

FUENTES.— *Swedenborg*, Arcana coelestia in verbo Domini detecta unâ cum mirabilib. quae visa sunt in mundo spirituum, 1749 sq. 8 tom. in 4; ed. *Tafel*. Tub. 1833 sq. Vera christ. relig. compl. univ. theol. novae aecl. Amst. 1771, 2t. en 4.º *Tafel*, Revelacion divina, traducido del latin. Tub. 1823 sig. 7 t. *Id.* Swedenborg y su enseñanza, considerados segun las reconvençiones que se les han hecho. Stuttg. 1843. Véase *Mähler*, loc. cit. p. 568 sig. *Jos. Gærres*, Manuel Swedenborg y sus relaciones con la Iglesia. Spira, 1828.

Manuel Swedenborg, consejero de minas, é hijo de un obispo sueco († 1772), se habia ocupado mucho de magnetismo, y en uno de sus accesos se imaginó hallarse en el cielo, creyéndose desde entonces (1743) llamado á ser el restaurador del Cristianismo y el fundador de una era nueva é imperecedera para la Iglesia. Esta nueva era de perfeccion empezaba precisamente en el dia 19 de junio de 1770. Era el cielo nuevo y la nueva tierra, la Jerusalem celestial anunciada en el Apocalipsis.

La doctrina de Swedenborg tiene una tendencia práctica muy marcada, á pesar de su apariencia puramente especulativa y teosófica.

Despues de haber combatido la doctrina protestante de la justificacion como extremadamente peligrosa para las costumbres, llegó á formular él mismo un sistema todo fantástico, y substituyó al dogma de la Trinidad y de la Redencion por la muerte de Jesucristo, la triple revelacion de un Dios único. Redujo el cánon de los Libros santos segun la naturaleza de sus ideas, y no conservó ó no citó, como auténticos y revelados, mas que los cuatro Evangelios y el Apocalipsis, de los cuales escribió una interpretacion tan arbitraria como estrambótica¹. Encontró muchos parciales en Suecia, en Inglaterra, en la América del Norte, en Francia y en el Wurtemberg, donde *Tafel* publicó sus escritos con grande aplauso. Los sueños de Swedenborg corresponden á las necesidades y desórdenes

¹ *Tafel*, la Divinidad de la santa Escritura ó el sentido profundo de la Escritura. Tub. 1838.

de una época desolada por la incredulidad, dividida por el cisma, agitada por las necesidades de la fe renaciente, exaltada por los excesos del Protestantismo, desdeñosa de todo lo sencillo y puramente lógico, y en consecuencia fascinada por todo lo que parece nuevo, extraño, prodigioso.

§ CCCLXXXII.

Misiones de los Protestantes.

FUENTES.— *Neger*, las Misiones protestantes y sus felices resultados; 2.ª ed. Ausburgo, 1844.

Jamás estuvieron animados los ministros protestantes del heroico desinterés que han manifestado siempre por las misiones los sacerdotes de la Iglesia católica, ni nunca, á pesar de sus inmensos medios de accion y la multitud de sus elementos, han dado las que han emprendido los primeros, los fecundos resultados obtenidos por los segundos. Considerando los frutos de las misiones protestantes mas recientes, es cuando puede decirse que nunca hubiera podido esa iglesia separada, atendida la naturaleza particular que la caracteriza, realizar, entre los pueblos feroces de las razas germánica y eslava, lo que la Iglesia católica hizo entre ellos con tan buen éxito, á pesar de los peligros siempre nacientes, de las inmensas dificultades, y en medio de las mas desfavorables circunstancias. ¿Por qué los Protestantes, en los momentos de su primer entusiasmo, no se lanzaron como la Orden de los Jesuitas, nacida en la misma época, á llevar los consuelos del Evangelio á los pueblos idólatras mas lejanos? ¿Puede admitirse como legitima excusa el especioso pretexto alegado por ellos, de que habia en torno suyo muchos idólatras católicos que convertir? Pero ¿no habrian podido los Jesuitas, desde su punto de vista, hacerlo valer igualmente contra los Protestantes, y sustraerse de este modo á la difícil y peligrosa tarea de las misiones extranjeras? Los Hernhuteros se sintieron con vocacion real para las misiones; pero su extraño evangelio no podia gustar mas que á hombres ya instruidos y preparados para una doctrina tan rara, que quedaria sin accion y sin poder sobre el salvaje ignorante y grosero. La Ingla-